

# AYER Y HOY

AÑO X

TOLEDO, ENERO 1957

NUM. 57

## Los "bajos" del Suizo

Los «bajos» del Suizo han empezado a funcionar.

¿Qué son los «bajos» del Suizo? Un rincón acogedor que sabiamente manejado puede dar que hablar. Desde Pombo a Sésamo, en estos sitios se han hecho muchas cosas.

¿Pero solamente en Madrid pueden hacerse o decirse cosas? No queremos ser «cueva», ni «cripta», ni cenáculo, ni tertulia siquiera. Simplemente queremos un rincón acogedor, amable y cómodo, donde como en prolongación de la casa encontremos al terminar, o en el intermedio del día un lugar de reposo y distracción donde tomar, entre una conversación amable y culta, una taza de café con el amigo que espera o esperamos nosotros.

«Estilo» no es rigidez de paraninfo, ni seriedad de tribuna. Nunca debe ser eso «Eso» también, pero además necesita ser vínculo de unión entre hombres de buena voluntad, de espíritu, de cultura, que no pueden ir dando tumbos y bandazos sin conocerse los unos a los otros, agriados por la soledad.

Reunirse es conocerse. Conocerse es saber lo bueno y lo malo de cada uno, pero es también empezar a comprenderse. Comprender incluso nuestras debilidades.

En los «bajos» del Suizo han empezado las reuniones (los lunes, a las ocho) de los Asociados de «Estilo», de los amigos de los Asociados, de los amigos de Toledo, porque lo que queremos es la unión de todos. Sumar y no restar, y menos dividir. Allí, desde hace un mes, nos hemos encontrado muchos y nos hemos conocido.

Los jóvenes y los menos jóvenes, aunque todos animados por un espíritu de creación, porque crear es cosa de vitalidad juvenil. A la sombra de esa panorámica de Toledo que decora el local (pintura de Guerrero Malagón que, calado con su boina, siempre tiene a boca la palabra para proponer, hacer algo o sacudir a alguien), han conversado muchos y han hablado incluso otros de los que desconocíamos hasta la voz; por ejemplo, la impresionante de Miguel Cortés.

Allí, con puntualidad británica o torera (preferimos torera), llega Luis Serrano Vivar, el hombre entusiasta por el que nunca quedara una situación por resolver, ni nadie por sentar, excepto él. (¡Gracias, Vivar!).

Y, Cornide, siempre alentando a los más jóvenes; Ludeña, por ejemplo, que arrancó con el dibujo «Retrato de G. Marañón», la más sincera y auténtica ovación de las reuniones.

Y tantos otros. Giles, un toledano con acento andaluz; Manzanares, el hombre del block; Villacañas, siempre hábilmente despeinado; Brun, apasionado «descubridor», de Arredondo; Villamor, Castro....

Cuando aparece D. Guillermo, todo se hace bético. Es entonces cuando el grupo más joven le ofrece lo mejor, vino; y D. Guillermo lo paladea entre una chanza alegre y zumbona, carente de malicia, llena de mesura y contenido, un poco escéptica pero siempre amable.

El Sr. Téllez, para todos «Don Guillermo», sin necesidad de apellidos para reconocerle, porque mana personalidad todo él, desde la cartera hasta la bufanda, nos agrada más que nunca cuando nos recuerda insistente y con alegre nostalgia los higueros chumbos de Almería.

Tememos olvidar a muchos. No importa. No creemos que sea cuestión de vanidades.

Por encima de ellas están todos. Desde la bondad de D. Clemente Palencia, el tesón de Tomás Martín, hasta la serenidad mediterránea de D. Pedro Rieva Vidal, matizado por la no menos vieja Castilla, aunque más seca que aquella Cataluña suya y mía, según el Sr. Camarero desde las páginas de «El Alcázar».

En los «bajos» del Suizo, pintores, poetas del verso y de la vida, escritores, literatos, escultores, hombres en fin que piensan en algo más que en Kubala, Kopa y «Di», se reúnen, hablan, comentan, escuchan, recitan y aprenden mientras se toman una taza de café y después se despiden estrechándose las manos.

## “AB IRATO”

A Robert Brasillach, mártir.



Mientras escribo estos renglones, preside mi mesa de trabajo una pésima fotografía. Esta representa a un hombre de edad superior a los treinta años, pero sin acercarse a los cuarenta. Frente amplia, apenas velada por un mechón de cabello obscuro, que intenta disimular la amplitud de una entrada junto a la sien izquierda... Un cuello ancho sobre el que aletea el gesto soñador de un niño grande, al que todo le causará sorpresa, porque en esta vida todo es nuevo y sorprendente si se sabe apreciar: no basta con ver, hay que saber mirar. Sobre la ancha y carnosa nariz, se escurren unas gafas que apenas dejan adivinar el brillo de unos melancólicos ojos semi-ocultos por la parte superior de sus aros de carey.



En tierras de Francia, allá en el Rosellón, a cincuenta kilómetros del Ampurdán y a cien de la Cerdaña, está Perpignan. A uno y otro lado del Pirineo, vivieron unos hombres que, henchidos de tradición y de poderoso aliento, pudieron establecer un día:

«Aquests son los bons stabliments e les bones costumes que son de fet de mar que los savis homens que van per lo mon ne començaren a donar al nostres antecessors los quals fueren per los llibres de la savietat de les bones costumes».

Hombres de allende los Montes Albes regidos durante cientos de años por las mismas *constitucions, consuetuts, ordinacions, costumes, usatges*, que inspiradas en el *seny natural* y la *bona rahó*, fueron comunes a todos los territorios de la rugosa superficie situada al Norte del Ebro y al Este del Segre.

El 31 de Marzo de 1909, nació en Perpignan Robert Brasillach.



Los eufemismos, con harta frecuencia, son molestos y sangrientos. Como cuando se escribe:

«On sait quelle fin tragique l'attendait à trente-six ans».

En realidad, la anterior frase ha debido ser redactada de esta otra forma:

«Al final de la segunda gran bestialidad mundial, y tras de una sangrante parodia en la que tomaron parte los poderes ejecutivo y judicial de una denominada Democracia, fué muerto por las gentes de la Justicia, reglamentariamente, un hombre que cometió el delito de ser amigo de España. Se llamaba Robert Brasillach y tenía treinta y seis años».

\* \* \*